

ANA CASAENRAMA

EL
COCINERO
JAVIENSE



EL COCINERO JAVIENSE

Ana Casaenrama

EL COCINERO JAVIENSE



© Ana Casaenrama, 2015.
© Editorial Eclipsa., 2015.

Editorial Eclipsa
info@eclipsa.com.es
www.eclipsa.com.es
www.casadcarton.es

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Mayo 2015

ISBN: 978-84-941240-7-5

Depósito Legal: M-12117-2015

Printed in Spain
Imprenta Print House

Índice

Jávea y los elementos	15
Prólogo	19
El Preámbulo. El día que murió Ayrton Senna	23
La Preparación. Amanecerá Dios y medraremos	95
Capítulo Primero. Curiaqui: El Primo	125
El descanso de la Narradora	153
Carta de agradecimiento de Niara Kdongo a los señores del panel intergubernamental del cambio climático.....	198
Capítulo Segundo. Robin Maché: El Amigo	219
Inicio soliloquio	237
Capítulo Tercero. Belma: la Amiga de Mau	307
Capítulo Cuarto. El pañal del Abuelo	407

A mi hermano: ese gran canallita..., e impostor...

ANA CASAENRAMA

A mi hermana: esa gran persona
a la que no respetó el piano de George... (Clooney)

LALO MONJE

A la Noble Mau:
nuestra correctora fiel de comas (,)...

Jávea y los elementos

La literatura es fuego, agua, tierra y aire. Es la suma de todos los elementos, pero, al mismo tiempo, también es el vacío extremo. En ella hay verdades, contradicciones, razones y sinrazones, y, sobre todo, cuestionamientos, protesta y hasta rebeldía. No admite término medio. Porque, por suerte para todos, la literatura jamás será conformista. En ella está la insurrección constante, no solo porque se nutre de su entorno, sino porque ello no basta para el perpetrador o la perpetradora que escribe. Hay un desacuerdo, un elemento díscolo que lo perturba, que le propicia esa neurosis creativa. Y es entonces cuando escribe. Y escribe. Y escribe otra vez. Y sigue escribiendo para agitarnos, para sacarnos del marasmo, para que evitemos el inmovilismo o el confort intelectual.

Estos perpetradores son así. Son incansables, tenaces, optimistas —a pesar de todo— y guardan la secreta esperanza de que lograrán estimular nuestra voluntad de cambio, haciendo zozobrar a nuestros paradigmas.

Y hay que añadir que hacen esto, la gran mayoría de las veces, con todo en contra. Nada favorece su entrega. Además del trabajo, de la familia y de toda la cantidad enorme de quehaceres y actividades imprescindibles que nos inundan hoy en día, ellos escriben. Y corrigen. Y borran. Y vuelven a escribir, solos, acompañados por el rumor de la madrugada o el bostezo a causa del cansancio que exige más horas de sueño. Horas de reposo, de ocio, sacrificadas por una empresa que no guarda mayor beneficio que la satisfacción personal de compartir de manera solidaria un texto que estará destinado a removernos y a conflictuarnos.

Uno podría pensar para qué queremos amigos semejantes, que nos sacarán de nuestra tranquilidad con sus escritos, que, incluso, nos despertarán para descubrir que nuestra vida no es tan apacible como creemos.

Al respecto, poco puedo decir sobre la opinión de los demás y sólo me es posible referir mi experiencia. Y en ella, me es preciso agradecer a todos estos perpetradores con quienes crecí y crezco continuamente. Hay muchos. Mi infancia se desarrolló llena de aventuras gracias a Antoine de Saint-Exupéry, Alexandre Dumas, Robert Luis Stevenson, Samuel L. Clemens —mejor conocido como Mark Twain—, Charles Dickens, Oscar Wilde, Jules Verne, Roald Dahl, Gianni Rodari y tantos otros, quienes me abrieron los ojos a diferentes épocas, países y vidas que jamás había visto.

Ahora, ya mayor, me alegra mucho no solo seguir leyendo de más atizadores de la realidad, sino que me enorgullece, en muchos casos, alcanzar a conocer a varios y disfrutar de su amistad y de sus textos.

Han pasado más de dos años ya desde que me topé por primera vez con *El cocinero javiense*. Aun cuando desconocía a la persona que había perpetrado el documento que tenía enfrente, empecé a leer.

Y seguí leyendo.

Durante dos días no solo viajé a Valencia, sino que fui transportado al pasado, al presente, en saltos continuos y constantes, en los que poco a poco, a través de las palabras impresas, pude conocer lentamente a Ana Casaenrama.

La vitalidad, la ironía permanente, la confrontación con las ideas pre-establecidas, la honestidad y la transparencia, fluyen de manera natural junto con el lenguaje coloquial y dicharachero que va envolviendo la historia, o, mejor dicho, las historias que se cuentan. Porque aquí, en *El cocinero javiense*, no hay un solo hilo, hay varios y se extienden a lo largo de todas las páginas hasta formar una red extensa, flexible pero resistente. Quizá esa sea una de las cualidades más destacadas de la obra, pues invita a que el lector no sea solo un actor pasivo, sino que le demanda atención, perspicacia y tenacidad, para no extraviarse entre todos los planos y las instancias narrativas presentes.

Desde aquel 2012 hasta hoy, ha pasado bastante tiempo ya y puedo decir que he llegado a considerar al cocinero

javiense un amigo. Uno con el que he conversado sobre mis anécdotas también, sobre mi colegio Salesianos de Lima, sobre las procesiones de los 24 de mayo, y sobre más cosas que ahora no vienen a cuento.

Y, gracias a este amigo, he tenido la fortuna adicional de disfrutar de la amistad de quien ha perpetrado este libro. Hemos conversado, hemos intercambiado opiniones, divergencias y, por eso mismo, ahora, me siento muy halagado de que me invitase a compratir espacio y páginas con el amigo que nos presentó: el concinero de Jávea.

No quisiera explayarme más, solo quizá como cierre de mis breves palabras, repetir lo que he dicho antes. La literatura es fuego, aire, tierra y agua. Es la suma de todos los elementos, pero, al mismo tiempo, también es el vacío extremo. En ella hay verdades, contradicciones, razones y sinrazones, y, sobre todo, cuestionamientos, protesta y hasta rebeldía. No admite termino medio. Y, me alegro también que en el caso de *El cocinero javiense*, así sea.

JOSÉ LUIS TORRES VITOLAS
Escritor y editor

Prólogo

Todo corazón que ha latido fuerte y alegre ha dejado un impulso de esperanza tras él en el mundo, y ha mejorado la tradición de los hombres.

ROBERT LOUIS STEVENSON

La muerte (o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres.

JORGE LUIS BORGES

Un mediodía templado, mediado un mes de diciembre de hace ya demasiados años, mi queridísima Hermana **Ana María** —con un preaviso de sólo cuarenta y cuatro días— se nos murió. No fue el mazazo de levantar el auricular y que la Guardia Civil te notificara que un familiar tuyo acababa de tener un accidente mortal. No... Tuvimos mes y medio para ir masticando el *estropajo* que, a modo de inevitable bocado —y en forma de brutal enfermedad—, nos embutió y pretendió embaular sin más explicaciones *la Señora de la guadaña*. Algunos, en un acto de sumisión ante la evidencia y de aceptación del fatalismo, se lo tragaron, dando paso así a una lenta, dolorosa y natural digestión de la tragedia vivida. Yo lo escupí; y, además, quise esputarle en la misma cara a la Muerte y al Misterio indescifrable de nuestros destinos. Todos los órdenes de mi vida los puse, entonces, patas arriba. Mi dolor, para que se hagan una idea aproximada, debió ser algo parecido al que nos muestra siempre el caballo del *Guernica*. Clamé al Cielo, para terminar relinchándole; intenté también escupirle..., y todo me cayó encima. Hice más que bueno lo dicho por el arrepentido Jünger: perdiendo el respeto por mí mismo y dando comienzo así a la desgracia entre los que me rodeaban.

Desesperado, eché mano al perfecto manual para desbaratar vidas propias —y de carambola, ajenas también— y casi al dedillo lo seguí. Y sólo el milagro de tener una mujer templada y paciente a mi vera me salvó. Gracias..., **Mau**.

Ana María Monje Delparque siempre tuvo la espinita clavada de que su *hermano* no hubiese pasado más allá de las joyas literarias juveniles ilustradas de Bruguera. Este libro tiene mucho que ver con esos tebeos —cómicos más bien— y... con la reválida que comencé a preparar el día que abrí las cajas repletas de tus libros, Ana María, y que Tú, en un ultimísimo acto de intuición, generosidad y lucidez premonitoria, dejaste dicho y ordenado que a mí acudiesen. Poco a poco comencé a ver la vida con los ojos que ya no estaban y con los Maestros que a ti te mostraron el camino. Me embarqué y paseé por las mismas aventuras que Tú en vida recorriste, y en tus pastos encuadrados pací; y... pronto, el *Lalo Monje* de las joyitas literarias ilustradas tuvo que ver tanto con el del legado literario de su *hermana*, como el David Copperfield de las viñetas con su homónimo, pero en dos tomos y de *Planeta*: o sea, nada... Yo, que de ti siempre echaba mano para relacionarme por escrito con cualquier persona o entidad, tuve que pasar a machamartillo a ser un humilde pero tenaz discípulo tuyo.

Este libro no está escrito con el ánimo de narrar tu vida ni la mía, Anuska, pues asimismo concurre una docena larga —más— de personajes entrelazados, verdaderos protagonistas de esta singular *Colmena*. Las páginas venideras están más bien relacionadas con el milagro múltiple de la Literatura; y se encuentran años luz más cercanas al *ejercicio estrafalario* de intentar explicar lo diferente que me siento con respecto a mis perritas, cuando se quedan muy atentas mirando la librería sin decidirse nunca a comenzar a leer, que al hecho de describir vestuarios o fisonomías y peinados de los personajes, por un caso. Tiene esta narración vocación de exponer que, a través del bálsamo y las enseñanzas de la buena lectura, se puede llegar a escribir aquello que otros, en un orden natural y lógico de su existencia, debieron haber escrito y no pudieron.

Ana Casaenrama no es exactamente ni un trasunto de *Lalo Monje* ni de su *hermana*, metida —con calzador— a narradora de la historia. Casaenrama es el híbrido o el epítome perfecto de dos *hermanos* que se compinchan en una especie de

bucle Mágico [por Literario] del espacio-tiempo, para intentar dar luz y sentido a la parte trágica de la vida. *La escritora* de la novela se convierte, así..., en el penúltimo ensayo desesperado por tenerte aquí —al tiento— entre nosotros, y en el homenaje respetuoso que yo me doy en tu nombre, porque una mala pasada del destino hizo que no pudieses rubricar como Ana María Monje lo que por derecho, mérito y saber te hubiese correspondido.

Dos son los aspectos más importantes a tener en cuenta en esta narración. El primero tiene que ver con lo que el gran Chesterton quiso destacar sobre la obra del desenfadado y gigantesco Dickens; y que traído a nuestras páginas, y relacionado con las mismas, encuadraría así: «La alegría es la pasión dominante en toda su obra y el toque final de la exageración es de absoluta necesidad en la gran literatura alegre». El segundo en consideración, es..., que a quien no le apetezca asomarse al balcón de una historia de grandes amores y otras enormes *verdades*... que abandone en esta coma, ya; a todos los demás, pasen y lean...

LALO MONJE DELPARQUE

El Preámbulo

El día que murió Ayrton Senna...

Sé indulgente «con la pobre bestia humana», según frase de Renán, y conténtate buenamente con lo que pueda dar de sí.

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

...todas las brasileñas putas de España se estremecieron, sacaron todo lo que en ese preciso momento tuviesen dentro de sus imposibles cuerpos, se deprimieron, y muchas de ellas se volvieron a su *carioco* país natal. El efecto fue contagioso, y un gran número de compañeras sudamericanas, aprovechando tan luctuoso acontecimiento, recapitularon e hicieron balance de sus correrías hispanas. Se miraron definitivamente en sus espejitos de bolso y en los de los roperos de los pisos de «estudiantes» que ocupaban, y hubo una que se dijo: «casi veinte años entre gallegos de la gran chingada, y mírate, María Cristina Díaz Ferrari —Fanny—; te estás quedando sin cuello, tu cintura desapareció como tu virginidad a los trece, galopadamente; y aquel culito respingón que hace más de tres lustros lucías, ¿dónde está?... Tendría que nacer otro Miguel Ángel para que lo intentase esculpir y sacar de esa molicie que hoy lastras».

María Cristina ya nunca volverá a celebrar treinta y siete desde el pasado doce de octubre; aunque desde hace diez —cuando rompió todos los almanaques del mundo—, no ha dejado de cumplir año tras año veintisiete. Le podríamos preguntar dentro de tres —cuarentona perdida—, que nos respondería: «veintisiete, los acabo de hacer, ¡guapetón!». Sus hoy extraviados ojos, vieron por primera vez la luz del Nuevo-Viejo Mundo en la capital de la república oriental del Uruguay. De su padre sólo guardaba agradables fogonazos de recuerdos, pues a

muy tierna edad de ella, agarró la maleta de cartón y embarcose hacia Australia. María Cristina siempre llevaba consigo una foto de grupo hecha en la obra de un rascacielos de Camberra, sobre la estructura de acero en construcción, donde uno de los portadores de camiseta de tirantes y casco de seguridad —y en temerario equilibrio sobre una descomunal viga— era su progenitor. Su mamá, después, se lio con su cuñado..

—¡Fanny, no te *embobés!* Sabés que Paco no espera a nadie pasadas las cuatro treinta —le sacó de su ensimismamiento Gabriela, la bonaerense.

Acabó de meter dentro de su bolsa de papel, con asas —de *Dolce & Gabbana*—, el *body* para la peonada, un cambio de ropa interior y los primeros zapatos de tacón alto que alcanzó dentro del ropero de su habitación.

El grupito de amigas que compartían piso en Peris y Valero llegó a la parada del bus de Ausías March a las cuatro y veintidós de la tarde. A y treinta y dos aparecía el microbús de Paco. Éste tenía concertado el transporte de las mujeres desde aquel punto de Valencia hasta el club, y el regreso a las tres y media de la madrugada en sentido inverso. Unos poquitos minutos antes de las señales horarias de las cinco de la tarde, entraban Paco y su muchachada en el cuidado y organizado parking del club *El Venado*.

Juanito *El Inglés* había sabido darle a su negocio el aire y la organización que él consideraba imprescindibles para cualquier actividad emprendedora en la vida; ya fuese manufacturar rabillos de boinas, o como en su caso y circunstancias, el negocio de la noche —que comenzaba a media tarde—. No toleraba ni taxistas risueños dejando mujeres dentro de su casa, ni menos aún coches particulares con chulos o maridos —o las dos cosas juntas—despidiéndose de las *minas* dentro de su aparcamiento. Todas estas escenas estaban vedadas en su establecimiento, y establecimiento era el parking también. Conque allí, antes de la apertura a los señores clientes a las diecisiete treinta, solo entraba el microbús de Paco; los demás trasiegos de personal, de puertas para afuera —solía recordar siempre *El Inglés*.

Con el dueño de *El Venado* moriría el concepto de puticlub familiar que él supo conferir a su negocio. Nominar familiar a un lupanar, es tan equiparable y ponderado como introducir y hacer acompañar en una misma frase los términos deporte y

fútbol, por ejemplo, sin que nadie se escandalice por esto último. Sin embargo, de algún modo tenemos que definir el hecho de que a una mujer con un drama personal abismal —como es el caso de todas las prostitutas del mundo—, se le dé un trato *digno*, cercano y personal. *El Inglés*, hacía de tripas corazón cuando acudían a él por primera vez una mujer con su marido o chulo para ser presentada, y tenía que poner claro a los dos las normas de la casa. Prefirió siempre tratar directamente con ellas, porque sabía en el fondo..., que la presencia de machos rondando en la vida profesional de sus pupilas, acrecentaba y extendía en el tiempo el drama de sus vidas.

Nunca accedió a convertir su club en un hotelito de tapadera, pese a poder haberlo hecho por sus buenos contactos políticos y su amistad con el comandante de puesto y de turno de tan benemérito cuerpo. Siempre decía: «A las tres y media cada mochuelo a su olivo, que esto no es un convento de clausura donde se encierran mujeres». El prestigio de su local era avalado por muchos detalles; entre ellos estaba el trato y *savoir faire* de ellas para con la clientela; si entraban Cuasimodo y El Hombre Elefante hermanos, no valía dejarlos desamparados y hacerse las suecas, las sudamericanas o las españolas. El señor Juan, en estos casos, exigía que mujeres *bandera* que estuviesen sueltas por su acogedor local durante esa contrahecha conjunción estelar, se acercasen a ellos en menos tiempo de lo que tardaba en «irse» un zangolotino de sábado por la noche. En este sentido, el hecho era uno e incontrovertible: las mujeres de *El Venado* tenían entre el gremio una consideración tal, como la que pudiesen tener los ingenieros de Abengoa entre los de telecomunicaciones o los de la Boeing entre los aeronáuticos.

Este trato familiar quedaba además constatado por otros detalles tales como que la mayoría del personal a su servicio —chófer, camareros, jefe de barra—, acababa jubilándose con él. Algunos de sus intachables clientes —empresarios de *pro*—, al cruzárseles por el local —por la calle y durante el día nadie se conocía— solían comentarle: «Juanito, sólo te falta un reloj y las tarjetas de los empleados en la puerta para el fichaje». Él, con la clientela, siempre tenía un trato educado y más bien distante; jamás dio pie a conductas equívocas y menos aún chabacanas. El seguimiento de la noche lo hacía *in situ*; se podría decir que a la sombra de la sombra, pero nunca

emboscado. Si estaba, se le notaba de forma alejada pero aparente, y si no, siempre de modo latente. En *El Venado* nunca hizo falta un servicio de seguridad; y los más advenedizos y díscolos clientes, que no eran otros que los imberbes del sábado noche con sus despedidas de solteros, sabían de sobra —lo más probable, aleccionados por sus hermanos mayores, padres, tíos, e incluso abuelos—, que ir allí, no era lo mismo que desmadrarse en *El Romanoff* —por un poner.

—Vamos, Fanny, no te duermas, que llegando los clientes, aún te estás ajustando el *body* y abrochándote los tacones.

—Señor Juan, quisiera hablar con usted.

—¿Qué te pasa, hija?

—Bueno, no sé cómo empezar. El caso es que estoy cansada. Llevo muchos años cabalgando galleguitos. No rindo ni la quinta parte que cuando llegué.

—Fanny, tengo ojos en la cara; para mí, vosotras las veteranas que os habéis hecho un hueco aquí, sois mucho más que una Visa Oro abierta de piernas.

—No sea blando ni talentoso conmigo, señor Juan.

—¿Talentoso?... ¿Piensas que no sé valorar, que prefiero una Fanny a medio gas, pero sabiéndose mover por mi casa, que una Jéssica de veintidós recién aterrizada de Río de Janeiro y con todo por aprender?

—Gracias, gracias por todo, señor Juan, pero no me quiero jubilar de esto con cuarenta y tantos. Anhele ir preparando el retorno a mi Montevideo.

—No se hable más, María Cristina. Lo que necesites me lo pides. Aquí siempre tendrás tu casa y un amigo.

Aquel día frío y soleado de uno de los primeros inviernos del recién estrenado siglo XXI, sería su última peonada, sin grandes alharacas o estridentes y estrafalarias despedidas, en el club de más postín de la capital del Turia.

El desacople novelesco que aquí se relata parecerá que fue de un día para otro, no siendo así en la realidad. Lo que no cabe la menor duda, es que el espoletazo de todo lo aquí narrado sí fue originado por el encabezamiento de este Preámbulo.

Sus amigas colombianas le pusieron en contacto con el gremio de las del servicio doméstico, pues esta era la idea que había rondado por su cabeza para ir desenganchándose de la prostitución. Mientras organizaba el salto del Charco, estuvo

como interna en casa de un farmacéutico viudo. El trato económico —sólo muy al principio— con el candoroso señor fue de mil doscientos euros mensuales, seguridad social incluida. El avisgado boticario le hizo firmar un documento donde ella se comprometía a pagar por su cuenta los ciento y pico de la cotización como empleada del hogar. María Cristina siempre se los *embuchacó*. Como el octogenario señor aún tenía la ciencia y el ardor suficientes para no poder disimular su tono bajo las sábanas, las cuales no se planchaban desde que María Cristina dijo: «Así, bien plegaditas, del tendedero a la cama»; el caso es que un buen día estando la uruguaya doblando calcetines a los pies de la cama de don Ramón, uno de ellos saltó de las manos de la ahora mucama por los aires, yendo a parar (en todo lo remozada que podían haber dejado el permixón —dos al día— y la viagra —consulte a su farmacéutico—) a la colita arropada del licenciado Fuenmayor. Ella, como si de novata se tratara y de un despiste fuese, se movió con toda naturalidad alrededor de la cama de matrimonio, y al llegar a la altura del emboscado, su sábana sin planchar que lo cubría y el calcetín de ejecutivo que enarbolaban, asió el grupo de tres y no paró hasta que la no planchada tuvo que ir a la pila para ser frotada con jabón *Lagarto*, antes de acabar en la lavadora. Claro, el señor le cogió gustito, y aunque el desahogo le salía por veinte de los recién estrenados euros la manufactura, su previsión de hombre liberal hasta en los negocios le dio para muchos malentendidos, pues entre ellos de esto se trataba. A fe que don Ramón de Fuenmayor demostró su capacidad de ahorrador a lo largo de su vida, amén de haber dejado mucha traca por explotar en el declinar de sus días. Su cuerpo no aguantó tanta alegría, y una buena mañana el *boticari* amaneció como todo buen hombre desea llegar al club donde hacen siesta eterna los justos. Era fama que así ocurrió...; más o menos.

Ahora sí...: dio el salto y aterrizó en Montevideo.

En la capital de la República Oriental del Uruguay poco le esperaba. Su mamá dejó su perro mundo hacía más de un lustro; de su tío paterno, del que salió huyendo porque desde mocita no respetó el tío cabrón ninguna ley que no fuese la de sus asquerosas babas, hacía la friolera de casi una década que

a Dios gracias no se sabía nada de él; y sobre su querida hija Clara, fruto de los abusos repetidos de aquel monstruo para con ella, de las pocas noticias de que disponía, era...: que la *niña* —de veinte abriles ya— se pasaba tonteando todo el año entre el piso de la capital —comprado por Fanny a caderazo limpio— y las playas de Punta del Este.

En el caso de Clara también se hizo bueno lo de que de raza... no le venía al galgo, pues el tío canalla no se contentó con desmadrar a dos generaciones de mujeres, ¡qué va! Tuvo que destrozar el futuro de toda alma femenina de la familia. Clara no pudo abandonar nunca ese círculo vicioso de la mala vida impuesta por un bípedo que definía a la perfección el misterio de los renglones torcidísimos —en este caso— de Dios.

Desde el día que tomó cristiana sepultura y tierra sagrada a espuestas la abuela de Clara, madre e hija no habían vuelto a verse. El reencuentro fue efusivo y muy sentido por parte de las dos mujeres. María Cristina se deshacía en besos y arrumacos, y observando a su hija parecía estar delante de un espejo hacía veinte años. No daba crédito: su hija se había transformado en una potranca uruguaya de mucho cuidado. Lo que más le impactó fue su mirada negra inyectada de vida y de tesón —le pareció—. Resultaba muy curioso atender las conversaciones de las dos Díaz, pues por mucho que se esculcase en sus diálogos, jamás aparecería ni tan siquiera de forma encubierta el soporte económico de sus trenes de vida. Eran putas; las dos lo sabían, pero quizás el dolor hondísimo de no poder aparcarse sus corazones rotos y acelerados a la vera de otros en los que confiar —excepción hecha del trato materno filial—, hacía, que el resultado de sus malditos y parejos destinos, una a sus anchas y otra a sus esbeltas espaldas se lo echaran. De la entrañable convivencia mantenida por las dos Orientales durante esas jornadas, María Cristina dedujo que su hija estaba desaprovechando el tiempo en el Uruguay. Sopesándolo fríamente todo, envidiaba un poco la situación de Clara, pues las actuales veinte primaveras de ésta no eran las diecisiete de antaño de ella; sobre manera si recordaba el drama que supuso dejar su Patria y su retoño en las circunstancias que lo hizo. En último término resolvió ponerle unas líneas a su amigo Juanito *El Inglés*, de su puño y

letra. El mismo día que recibió el Capo, de manos de la hija de Fanny, la carta escrita en la otra orilla del Charco, Clara Díaz se convirtió en la pieza más deseada por los furtivos del club *El Venado...*

* * * *

* * *

*

—Buenas tardes, Belma. Lo siento, también hoy me he vuelto a retrasar un poco.

—Hola, Borges. Las nueve y media de la noche me enseñaron a no llamarlas «buenas tardes».

—Luego no dudes quién es la que desentierra el hacha de guerra.

—Siempre eres muy gráfico, y ahora lo has bordado: me tienes hecha una india abandonada a su suerte con sus tres hijas en el poblado.

—Oye, mira, vengo cansado de estar todo el día en el despacho. ¿Hay algo de cena?

—¿Cuándo no lo ha habido?

—Los pleitos los he dejado entre el bufete y la Audiencia; no vengo a mi casa a seguir litigando.

—En la cocina tienes tu revuelto de rebollones tapado con un plato.

—¡Anda, ven!... Siéntate a mi lado y cuéntame un día más qué es lo que te pasa.

—Borges: no vamos a arreglar nuestra vida en común charlando noche tras noche de los mismos asuntos que nos separan desde que fueron llegando las niñas.

—Pero, ¿de qué te quejas, Belma? Lo tenemos todo.

—¡No, todo lo tienes tú! Pero lo tienes ahí dentro de tu cabezota; y te recuerdo una vez más que lo tienes mal representado.

—¡Ya estamos; dónde irá la burra que no are!

—¡Claro!; según tú, tenemos tres hijas preciosas, y así te lo dibujas y te lo imaginas; pero la realidad es que no sabes ni dónde están guardadas sus tarjetas de la seguridad social. No es que no las hayas llevado ni una sola vez al médico, ¡no!...; es que ni tan siquiera nos has acompañado. Me siento sola, Borges.

—El dinero no cae del cielo, nena. Para arrimar el setenta por ciento de lo que en esta casa entra, yo necesito echarle muchas horas.

—Yo sabría prescindir de cosas como el apartamento de la playa. Además, no me llesves a tu terreno, que no es el mío. Me humillas al hablar de dinero y no de trabajo. No te preocupas porque yo necesite desarrollarme vitalmente también fuera de casa. Me explotas y no me respetas, Borges: no quieres que crezca tal como soy, como tú me conociste...

—Pero yo no tengo la culpa de que te hayan mandado este año como sustituta al Rincón de Ademuz.

—Cierto. Pero no haces nada por aliviarme. Sabes que tenemos un problemón con lo de las chicas que cuidan a las niñas; porque todas acaban arrugándose o pidiéndonos un potosí por tanta faena. ¿Y tú qué? ¿Has entrevistado ni tan siquiera a una alguna vez? ¿Dejaste de ir algún jueves por la noche al futbito para estar con nosotras?

—Estas insoportable, Belma... Mentira, eres insoportable, ¡coño!

—Insoportable es que no sepas ni dónde está el Mercado de tu barrio.

—¡Sí que lo sé, pero por ahí no paso, carajo!

—¡Vete al infierno, Borges!

—¡No me hace falta! ¡Acudo a él todos los días al caer la tarde!

—...Al llegar la noche, querrás decir.

—¡No te aguanto más, me voy, Belma!

Asió Borges, casi de memoria y como si de una carrera de relevos se tratara, la cartera y los dos manojos de llaves que dormitaban sobre una bandejita en la mesa del recibidor. En esta ocasión no dio portazo, pues las niñas dormían y su recuerdo estaba muy reciente tras el broncazo con su mujer.

A Belma y Borges se les había encendido el piloto rojo hacía ya varios años, quizá demasiados. La vida matrimonial andaba con el chivato de avería desde que comenzaron a ver la luz de nuestro sol sus tres hijas. Al menos en esto manifestaban estar de acuerdo.

En realidad, la vida marital de ambos resultó un fracaso no por la concurrencia de un trío hacia la pareja, sino porque no estaban preparados para interpretar y valorar lo que significaba traer hijos a este nuestro mundo. Sobremanera el muchachito.

El muchachito creyó que, por estar dotadísimo en las artes de la abogacía y muy fermentado en prestigio y clientela, se podía permitir el lujo y tenía vía libre para no crecer como persona en otras múltiples facetas de su vida. Esto lo traducía él en un estilo de vida: todo por y para mi despacho y mi nombre como letrado; poco más, migajas si acaso, para el resto que me circunda.

Borges no supo jamás tañer un alma tan fina como la de Belma. Un espíritu que no reclamaba en el fondo de sus reivindicaciones el *fifty-fifty*, sino que su marido saliera de ese vórtice, de esa vorágine que devoraba la vida personal del pica-pleitos y no dejaba ni siquiera rescoldos para su hogar. A Belma le perdió esa manía de tantos, que consiste en consentir durante muchísimo tiempo actitudes ineptas y desconsideradas por parte de otros e ir tapándolas..., al creer que con palabrería y gestos un poco desesperados convencerán, cansarán y educarán, no consiguiendo más que hartazón en la exangüe y prolongada contienda; cuando probablemente lo infalible en estos casos fuese pegar al principio un solo manotazo encima de la mesa, plantarse, mirar a los ojos y matizar detalladamente del mal que *ha de morir* el otro si no cambia. Todo esto al principio, y no al final.

—¡Eh *Nano!*, dónde te metes a las diez y media... ¿En *la Campa* aún a esta hora?... Y con *el Señor*, ¡uy, qué peligro!... No os mováis de ahí que acudo en diez minutos...